

Á llorar y gemir, pues generoso
La abrió su amor para refugio nuestro!

CAPÍTULO XLV.

*Indicase la razon por qué no participamos
tanto de los consuelos de la Religion.
La experiencia y la Sagrada Escritura
enseñan que Dios no es tardo en con-
solar á los suyos.*

Se dirá acaso que poseyendo la Religion católica tan abundantes minas de consuelo, los que la observan jamás debian estar tristes, y que hay una contradiccion entre sus creencias y el abatimiento que á veces los agobia, robándoles la felicidad de la mente. No negaré que algo resalta eso que en cierto sentido pudiera llamarse una contradiccion; pero la consoladora hija del cielo está exenta de la responsabilidad de este cargo, porque á todas horas y para todos tiene abiertos sus divinos tesoros de consuelo. Si no entramos en ellos á saciar nuestra hambre con inefables dulzuras, la culpa solo es nuestra. Vivimos

en una especie de distraccion dolorosa, y hé aquí cómo se explica ese aparente misterio.

En noche umbría
Y en amargura
El alma mia
Vive, y apura
De los dolores
Hasta las heces
Los sinsabores
¡Ay! cuántas veces.
¿Por qué, por qué? ¿No sabe que el consuelo
Se ha de buscar la vista alzando al cielo?

 Mi débil pecho
Rudos puñales
Tienen deshecho;
Le estrechan males,
Que se resiste
Á publicarlos
Mi lengua, y triste
Quiero callarlos.
¿Y por qué tanto amárgase mi vida?
¿No hay bálsamo en mi Dios para mi herida?

 Borrasca fiera
Agita mi alma,
Que forastera
No encuentra calma
En mar ni en tierra.

Le hacen violentos
Continúa guerra
Los elementos.
¿Y sabiendo que es Dios su tierno esposo,
Por qué no busca en él dulce reposo?
Todo esto sabe
El alma mia.
Mas su mal grave
No se desvia
Con saber solo
La medicina
En que no hay dolo,
Santa y divina.
¡Ay que aplicarla olvida, y en su duelo
No halla por eso alivio ni consuelo!.....

EL POR QUÉ DE MIS CUITAS.

Eres mi padre,
Dios poderoso,
Eres mi madre,
Dios bondadoso.
¿Y por qué ciego
Todo temblores
¡Ay, ay! me entrego
A mil temores?
¡Ó santos cielos! ¿Por qué, por qué?
Porque tibia ¡ay dolor! está mi fé.

Por coronarme
De tu victoria
Y para darme
Tu excelsa gloria,
De amor deshecho
Morir quisiste,
Y el dulce pecho
Que herí me abriste;
¿Y aun desconfío? ¿Por qué, por qué?
Porque tibia ¡ay dolor! está mi fé.
¿Y por qué tanto,
Ó Dios, me aflijo,
Por qué mi llanto,
Si soy tu hijo
Y tu heredero?
¿Por qué gemido
Tan lastimero
Y repetido
Exhalo? ¡ay triste! ¿Por qué, por qué?
Porque tibia ¡ay dolor! está mi fé.
Tú mi comida,
Ó gran Dios, eres
En esta vida;
Y hacerte quieres
Allá en el cielo
Tú mi dulzura,
Bien y consuelo,
Riqueza, hartura.

¿Y hambriento aun gimo? ¿Por qué, por qué?
Porque tibia ¡ay dolor! está mi fé.

Y no es verdad que las almas de los fieles estén por largo tiempo abatidas y sin el rocío de Dios. Aunque el descuido de acudir á su inagotable piedad ó sus altísimos juicios prolonguen á veces los tormentos de la tribulación, lo mas ordinario es que en medio de la noche de la tristeza aparezca el Señor como sol vivificante consolando, alentando, recreando y hasta enalteciendo de júbilo al espíritu acongojado que le invoca con amorosa confianza. Ya que para hablar de la felicidad del pensamiento en sus relaciones con los sobrenaturales consuelos de la religion he entrado en su terreno santo, diré que toda la Sagrada Escritura es una prueba de cómo el Altísimo abrevia las tribulaciones, oyendo los clamores que se le dirigen en la angustia. ¿Qué otra cosa son en particular el bellissimo libro de Esther y el de la valerosa Judith sino un testimonio patente de esta dulce verdad? Mas entre todos el de los Salmos parece compuesto expofeso para manifestarla á cada paso; estúdiase ese libro henchido de conso-

ladora poesía, y se aprenderá mas de lo que lengua humana pudiera ponderar; allí se ve á cada momento que á la oscuridad de los trabajos del justo sucede la esplendorosa presencia del Rey de los reyes, que llega á consolarle.

No siempre en tristes nubes
El horizonte envuelto,
Amenaza que en lluvia
Se vendrá abajo el cielo.

Rueda de cumbre en cumbre
El retumbante trueno,
Y forman las tinieblas
Entre hombre y sol un velo.

Mas sucede bien pronto
Al espantoso ceño
De las airadas nubes
El triunfo del sol bello.

Las negras tempestades
Son lo mismo que vientos,
Que pasan rebramando,
Pasan en rauda vuelo.

Y así son, alma mia,
Las penas que su cerco
Te forman de tinieblas,
Quitándote el sosiego.

Te roban de los ojos

El resplandor sereno
De tu Dios, y no dejan
Mas que pavor horrendo.
Cerrada está la puerta
Á esperanza y consuelo:
No hay mas que tempestades,
Rayos y horror tremendo.

Mas la mayor borrasca
Es lo mismo que el viento,
Que pasa rebramando,
Y pasa en raudo vuelo.

El Señor aparece
Con el rostro risueño;
Se disipa la noche,
Y calla todo estruendo.

Dulce calma respiras,
Ves nueva luz, y en medio
De tu apacible gozo
Vives en mundo nuevo.

¿Do se han ido tus nieblas,
Tus pronósticos negros?
Salió el sol de la gracia
Y te disipó el duelo.

¡Es Dios tu sol brillante
Que se esconde un momento,
Mas no permite el triunfo
Del tenebroso averno!

CAPÍTULO XLVI.

*De la elevacion de espíritu necesaria en
las tribulaciones.*

Para hacer frente á las pesadumbres es necesaria elevacion de espíritu. El orgulloso creará que la tiene; mas no es la suya, sea cual fuere, la que se necesita para el caso. La suya es muy perjudicial, porque la tribulacion es un rayo de Dios y abrasa á quien la resiste con ese género de altivez. Y cabalmente la guerra es entonces mas cruel en las regiones del pensamiento, porque el orgullo dice: «yo no merezco esta humillacion;» y tal idea la hace mas grave, mas rabiosa, mas aborrecible y mucho mas intolerable. Téngase enhorabuena para sí semejante elevacion quien guste añadir hiel á sus penas. La que conviene para respirar en esferas mas encumbradas y solazarse algun tanto con la frescura del cielo es la de las ideas que la Religion nos inspira, es la de los sentimientos de una verdadera filosofia cristiana, que no adula porque no trata de engañarnos, sino

que mostrándonos sin doblez lo que somos, lo que merecemos, lo que es Dios, lo que es su gobierno divino, lo que es el mundo y en lo que ha de parar, si inspira profunda humildad, también levanta el alma á una luz confortativa que nos hace superiores á las pequeñeces de nuestros enemigos, y nos saca del mezquino calabozo de negros pensamientos terrenales, en que el pesar pretendiera encerrarnos.

No sé si en la oda que sigue habré acertado á dar algunos indicios de esa especie de religiosa elevación de pensamientos, que me parece un excelente medio para no dejarse dominar por el tétrico imperio de las tribulaciones.

También mi Salvador fué calumniado,
Y de hermosa inocencia
Era la fuente él mismo, y acusado
Con afrentosa, pública insolencia.

¿Y será maravilla que inhumana
Calumnia atroz me muerda
Sin que de semejante culpa insana
El corazón tranquilo me recuerde?

¿La víbora feroz que picó al Santo,
Que á redimirme vino,

Á mí merecedor de pena y llanto,
¡Ah! no ha de hincarme su aguijón ferino?

Sí, que mil veces con cruel herida
¡Ay! me desgarró el pecho;

Á mi honor embistiendo enfurecida,
Me ha el apocado corazón deshecho.

¿Por qué eres, alma mía, tan sensible?
Enojado me tienes,

Porque tan delicada y tan pasible
Á verter sangre en tus desmayos vienes.

¿Por qué en la negra nube polvorosa
Los tristes ojos pones?

¿Por qué la mente turbia y rencorosa
Fijas ¡lástima grande! en tus baldones?

Levántala á tu Dios. ¡Ay alma mía!
Mientras esté en el lodo,

Enlodada estará. Tu fantasía
Haz porque salga del fatal recodo.

Tiene la inmensidad. ¿Por qué se encierra
En un rincón estrecho?

Y es calabozo aun toda la tierra.

Tu mente excelsa para Dios se ha hecho.

Levántala á tu Dios. Él es testigo
De tu vida y acciones.

¿Quién contra tí si Dios está contigo?

¿Qué contra tí podrán viles pasiones?

El Señor es tu amparo y tu defensa,
Tu asilo más seguro.

Acógete de su ternura inmensa
Al Salvador, é inexpugnable muro.
¡Ah! ¿Qué me importa que hombre mentiroso
Su lengua en mí ensangriente,
Si en su día el Señor un puesto honroso
Me señala á la faz de toda gente?
El día de su juicio venidero
El velo ha de correrse
Á todo corazon, y al orbe entero
Tal cual es cada uno aparecerse.
Señor, en tí mi espíritu reposa,
Señor, en tí confia
Que de toda calumnia ignominiosa
Me sacarás triunfante en aquel día.
Si ahora entre tanto confusion padezco
Por invencion ajena,
Yo pecador, Dios mio, yo merezco
Por otras culpas esta misma pena.
¿No eres tú equitativo, recto y justo?
Yo sé que eres justicia.
¿Y qué hay en tu gobierno, qué hay de injusto?
Tú no eres el autor de esa malicia;
Pero tu Providencia la dirige
Contra mí sabiamente;
Con ella me atribula, me corrige
Tu justiciera mano omnipotente.
Los hombres son tu vara, tu instrumento;
En libertad los dejas;

Mas ¡oh misterio! como á paja el viento,
Así para tus fines los manejas.
Nunca haces malos á los malos reyes,
Empero á las naciones
Con sus maldades y sangrientas leyes
Las castigas, Señor, como á bridones.
Como á bridones tuyos los imperios
Impeles á la guerra,
Terror, devastaciones, cautiverios
Llevan consigo á estremecer la tierra.
¿Y qué son sino reos á quien haces
Uno de otro verdugos?
Á tu Augusta justicia satisfaces
Mientras se ponen y se quitan yugos.
¿Qué es el hombre, ó Jehová, sino un juguete
En tu potente mano?
¿Y por qué el corazon no se somete
Á tus designios sin quejarse en vano?.....

Ni se tenga por elevacion de ánimo propia
para contrarestar al infortunio ese calenturiento furor, que valiéndose de la siniestra ocasion, suele inspirar el espíritu maligno, aconsejador de horrendos desatinos. Sí; cuando arden las venas de coraje, parece que hay en el hombre algo de grande que le exalta. Pero la razon sábia y desapasionada grita que eso es ilusion y delirio. El mal se agra-

va con el ímpetu del frenético despecho. Á sus alaridos es necesario que responda la Religión, que tiene la llave de todos los secretos y que posee todos los resortes mas propios para mover al alma á que se encamine á la luz soberana, que explica todos los misterios.

RÉPLICA Á UNA TENTACION DE SUICIDIO.

¡Qué mal hospedada
Está el alma mia,
Dentro aprisionada
De cárcel umbría,
En cuerpo encerrada
Que dolores cria
En crecida copia
Como fruta propia!
¿Y es esta la vida
Que dejar se siente?
¿Qué hace el alma unida
Á un dolor viviente?
Á morir convida
Su estado doliente.
¿Por qué no se acorta?
¿Por qué no se corta?
Porque los dolores
Que aquí se padecen

Son de Dios amores,
Que cuanto mas crecen
Suben los favores,
Y mas se merecen
Los premios de gloria
Por esta victoria.

Porque es pecadora
El alma que pena,
Y así breve hora
Su Dios la encadena,
Pues conforme llora
Se limpia y despena,
Y á su acerbo llanto
Sigue eterno canto.

Dueña y propietaria
No es de su existencia,
Y usufructuaria
No tiene potencia
Para temeraria
Con torpe demencia
Al Dios que la ha hecho
Quitar su derecho.

CAPÍTULO XLVII.

Consolatorias elevaciones anejas á la verdadera humildad cristiana.

Admirable misterio es el de la humildad cristiana, porque jamás reconoce religiosamente el hombre su ignorancia, su pequeñez, su miseria y su impotencia sin que su mente se eleve á regiones mas altas y se llene de luces sublimadoras. Y he dicho *religiosamente* para designar ese reconocimiento de nuestra poquedad fundado en la comparacion de la alteza y omnipotencia divina. Pero como esta no es la de un Dios extraño, sino la de nuestro Padre celestial, que con ternura infinita y con sabiduría insondable lo dirige todo á nuestro bien eterno; la idea de nuestra humillacion se hermana y casi se identifica con el sublime consuelo y excelsa gloria de que esa incomprendible majestad gobernadora de los mundos en cierto modo es nuestra, siendo del Dios cuyos hijos somos, y sabiendo que se emplea en beneficio nuestro con el afecto de una tierna madre enteramente con-

sagrada al cuidado del querido fruto de sus entrañas.

Bien dijo Santa Teresa que la humildad es la verdad; y así al humillarse el hombre no hace mas que ver lo que realmente es, no hace mas que apartar de sí dañosas ilusiones, no hace mas que engrandecerse con el conocimiento de la verdad, porque esta es un tesoro.

Pero como las verdades cristianas tienen entre sí y en el espíritu pensador una conexión íntima, una sociabilidad eterna, el fijarse en la una es como llamar á las otras con un resorte mágico. Tan admirable es la cadena que forman. De aquí proviene que á las ideas de la humildad cristiana correspondan, no sé cómo, las de la amorosa confianza en la bondad, en el inmenso poderío, en la sabiduría y en la inmortal justicia de nuestro Dios, que si me es permitido decirlo, en cierta manera son nuestras, porque nos gobiernan, porque nos protegen, porque nos conservan y porque nos alimentan tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, y porque tanto el tiempo y la tierra en que vivimos, como el cielo y la eternidad en que hemos de vi-

vir, están bajo su universal gobierno. Meditad afectuosamente, y comprendereis.

Y si buscáis ejemplos de esa correlacion íntima y bienhechora con que á la humilde verdad cristiana se entrelazan los mas subidos conceptos de esperanza dulcísima y de glorificadora confianza y union con la voluntad del Todopoderoso, estudiad los cantos del Rey salmista, leed las vidas de los Santos, hojead sus escritos, examinad las tiernas efusiones de la piedad cristiana en esos libros que se llaman ascéticos y que son la escuela de la virtud y llevan el sello de un espíritu sólidamente ejercitado en la ciencia de Dios. Pero como la especulacion mercantil hace circular en nuestros dias una muchedumbre de diversos devocionarios, de los cuales acaso algunos no se hayan compuesto por personas idóneas; es preciso remontarse á otras fuentes para hallar con mas seguridad el espíritu de verdadera humildad cristiana, que se eleva á medida que se abate, y parece que no desciende hasta lo sumo sino para revestirse de mas sublime grandeza. Este escondido mérito se encuentra en casi todos nuestros buenos autores del siglo XVI que ejercitaron su áurea pluma

en materias religiosas, y para nombrar alguno mencionaré solo el precioso *Manual de oraciones* del P. Rivadeneira, que á la maestría con que maneja nuestra lengua reúne un alto temple de sólida piedad acompañada de una vastísima instruccion.

Á quien no esté en los caminos de Dios no es posible darle una idea de esos vivificantes vuelos de la humildad que en las tribulaciones llevan el alma á Dios, manantial de todo consuelo, y de un modo misterioso realizan desde luego para la felicidad del pensamiento la divina promesa de que será exaltado el que se humilla. Con razon dice el Conde de Maistre que todas las verdades necesitan alguna preparacion, y por esta causa no se entienden muchas de ellas, ni es fácil que las entienda quien no tiene en sí alguna disposicion prévia; pero cuando se enuncia una observacion delicada, desmayaria el ánimo si no confiára en que ha de ser entendida por corazones y entendimientos que poseen los preciosos antecedentes ó premisas de la consecuencia que se les indica, mas bien como un recuerdo de lo que ya saben que como una novedad digna de fijar su atencion benévola.

Sobre ciertos puntos los espíritus homogéneos se entienden, ó mejor dicho, se adivinan con una breve indicacion; las palabras en tales casos vienen á ser como un instrumento innecesario, y no solo innecesario, sino hasta de difícil manejo.

CAPÍTULO XLVIII.

De un admirable consuelo que no se halla fuera de la Religion: el Salvador paciente: la pobreza de este divino Señor es para los menesterosos la mas eficaz consolacion.

Nuestra adorable Religion tiene para eficazísimo consuelo de los atribulados un recurso admirable, que no puede presentar la humana filosofía, y por consiguiente se aventaja á ella infinito en los medios de contribuir á la felicidad del pensamiento. No es dable á la razon del hombre arbitrar un motivo de mas sublime poderío para aliviar y hasta para hacer dulces y en cierto modo divinos por su union con los del Salvador los dolores del

alma. Cuatro mil años vivió el mundo sin esta fuente de celestial consolacion, que empezó á manar para los dichosos cristianos en la cima del Gólgota antes de que los hubiera: allí nació la Iglesia de la llaga del costado de nuestro Redentor bañada en los raudales de su sangre y precedida de la tragedia de divino consuelo, es decir, de la pasion y muerte del Hombre-Dios, que se sacrificó por ella y por nosotros. Así á los que ahora vivimos há cerca de dos mil años que se preparó el magnífico espectáculo del torrente de las penas del Salvador para que viéndolo se disipasen las nuestras confundíendose con aquellas, y se hicieran codiciables los padecimientos, que en su persona inocentísima habia como deificado el todopoderoso Reparador de nuestro linaje. Desde entonces tienen para sus discípulos distinta faz las cruces, y las aman las privilegiadas almas en cuyo corazon vive reinando Jesucristo paciente; y las que no llegan por su tibieza á esa envidiable amistad con los trabajos, al ménos se avergüenzan de no quererlos y los reciben con dulcificadora resignacion, sacando de ellos fruto de vida para la eternidad.